

Ángeles Caballero

LOS PARQUES DE ATRACCIONES
TAMBIÉN CIERRAN

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO DE JORGE JAVIER VÁZQUEZ	II
PRIMERA PARTE: ESTOS SOMOS NOSOTROS	
La nevera	17
Manolo y la Juli	19
La hija del Trenero	23
Silencios, patatas fritas y Coca-Cola Zero	27
Arre, mula catalana	29
¡Ay, Virgen de los Ángeles!	31
Desconfiada, severa, entregada	37
Julicracia	41
Visones y garbanzos	43
Alfonso Guerra	49
El nido	53
Vivir en un vagón de tren	57
Una piscina en Fuenlabrada, un psiquiatra en Madrid	61
Empresario no, seguidor	65
La Renfe y un señor de Italia	69
La Jurado, Pedro Ruiz y Raphael	75
Marijuli	81
El sueño americano	89
La chiquitita	93

SEGUNDA PARTE: PARPADEAN LAS LUCES DEL PARQUE

Una dieta a base de cruasanes	97
Ir al médico	103
Una bata de seda para camuflarse en Chamberí	107
Chismes y una nariz a medias	111
Una familia de seis	115
Un táper en el bolso, un catéter en el riñón	119
El poder está en la pegatina	123
«Porque se muere»	125
Una oposición a notaría	131
Volver a misa	137
Unos dientes nuevos	139
El primer cambio de pañal	143
Las tardes en el bingo	145
Aquel cuerpo flaco, aquella tripa enorme	147
El bar de siempre	151
La culpa y la desgana	155
La mirada de Ernesto y un hígado	161
Baiona	163
Un equipo de paliativos	167
Dejar de conducir	171
El miedo a quedarse sola	175
Una madre racista	177
Nietos, aceitunas y palillos	183
¿Y si me equivoqué? Las procesiones van por dentro	185

Mi tía Maricarmen	187
El último cumpleaños	191
La heroicidad y el cáncer	195
«Esta vez va en serio» y una dosis de quimio	197
Una noche en el infierno	201

TERCERA PARTE: MADRE DE MI MADRE

Tres días de enero	205
Besar a un muerto y un superpoder	211
Un tanatorio con vistas y una viuda	215
Una adicta en la familia	219
La tribu y el resquemor	227
Una tarde de noviembre	231
Vivir en una residencia	233
«Hijastrona»	237
Dos extrañas en El Viso	241
Un micrófono como refugio y las otras hijas	245
Un viaje a Cádiz	249
La primera encefalopatía	253
Ir de compras	257
Soltar lastre	261
«El cuerpo de Cristo»	263
Dientes, dientes	267
Vale	271
Dos docenas de huevos	275

PRÓLOGO

Ángeles me pregunta si me ha gustado el libro, su libro, y yo le contesto que sí. Que mucho. Pero me siento un poco idiota ofreciéndole esa respuesta tan poco elaborada y es entonces cuando comparto con ella algo que me sucedió en quinto de Filología Hispánica, en una de las clases de Literatura Medieval. El profesor le preguntó a una compañera su opinión sobre *El libro de buen amor* y a la muchacha le pilló el asunto tan de sopetón que solo acertó a decir: «Me ha gustado mucho». Y el profesor le echó una bronca de las que hacen época porque una señorita que estaba en quinto de carrera no podía permitirse una opinión tan básica ante tamaña obra culmen de la literatura española. Le cuento la anécdota a Ángeles porque estoy convencido de que ella le va a encontrar la gracia. Porque Ángeles y yo estábamos destinados a encontrarnos. Lo dice bien claro en el libro: que para sus padres y para ella misma Jorge Javier Vázquez era un miembro más de la familia.

Cuando pronuncié el celebérrimo «rojos y maricones» se escribieron innumerables artículos sobre mi persona. (Me encanta escribir lo de «mi persona», es ridículo y pretencioso a partes iguales. Una delicia.) Uno de los que más me

llamaron la atención estaba escrito por Ángeles. Realizaba una singular excursión por mi vida y obra y, aunque el artículo intentaba sonar aséptico, percibí grandes dosis de verdadero cariño. Lo releí muchísimas veces. Ahora que he leído *Los parques de atracciones también cierran* he adivinado el porqué de tantas cosas. Una de ellas, la fundamental: ambos somos hijos de un mismo modelo de familia y nos enfrentamos a la vida de igual manera. Pidiendo permiso, aunque la gente se piense que nos paseamos pensando que la calle es nuestra.

Me ha gustado el libro, sí. Mucho. Pero sobre todo me ha removido. A ratos lo he tenido que dejar porque se me escapaban unos lagrimones extraídos del pozo de una pena muy honda y muy negra. Porque la infancia, la adolescencia y la primera juventud de Ángeles, la mía y la de tanta gente de mi generación que venimos del barrio y hemos tenido la fortuna de ir a la universidad tienen mucho en común. Hemos vivido en hogares dominados por unos padres con grandes lagunas culturales, pero con un inmenso olfato para enfrentarse a las «vicisitudes» —ya os quedaréis con la palabra— del día a día y salir más o menos victoriosos. Nuestros padres no han leído ningún libro sobre cuidados del bebé o cómo enfrentarse a una adolescencia complicada, pero nos han legado un instinto de supervivencia que vale oro. Y, sobre todo, nos han ofrecido una versión muy depurada sobre algo tan básico como saber qué está bien o qué está mal.

Por su profesión, Ángeles trata con presidentes del Gobierno, líderes de la oposición o el mismísimo IBEX 35 en persona. Pero no advertirás jamás en ella ningún tipo de fascinación por codearse con ellos porque Manolo y Julia, sus padres, no se lo hubieran permitido. Hay gente que se piensa que la vida es eso. Ascender. Ascender hacia ninguna parte. Pero Ángeles sabe que la verdadera felicidad se esconde en los pliegues de una charla con tus padres riéndote con una

ocurrencia de Lina Morgan o yendo a comprarles comida porque si no a ver quién se va a encargar de que tengan la nevera llena. Por eso el libro de Ángeles podría también titularse *Tolstói en Getafe*. Porque la felicidad de su familia coincide con la de tantas y tantas familias españolas de una misma generación. Y ha tenido que enfrentarse a la particular infelicidad de su familia —personificada en las enfermedades y en la muerte— a machetazos emocionales, que es la peculiar manera que tenemos de resolver aquellos que nacimos en una época en la que los padres no tenían a quién recurrir cuando les surgía alguna duda sobre nuestra crianza. Bastante hicieron.

Ángeles ha escrito un libro sobre la vida. En mayúsculas. Sobre la vida misma, sobre la muerte, sobre el amor, sobre esas emociones ocultas que te provocan tus seres queridos y que te las callas por no herirles, pero que las pones por escrito para liberarte y liberaros. No intentéis encontrar rencor porque no lo hay. No es sano. Aunque en el libro hay llanto, dolor y rabia, Ángeles Caballero encuentra en el amor su particular camino de salvación. En el amor y en la risa. En una risa con una onda expansiva tal que contagia de alegría a todo aquel que tiene la suerte de poder compartir un grupo de WhatsApp, una cena o la vida con ella. Para mí también es de mi familia y doy gracias a Paloma Rando por habérmela presentado. Encontrarla ha significado seguir creyendo en esa vida que tan bien describe Ángeles Caballero en *Los parques de atracciones también cierran*.

Jorge Javier Vázquez
27 de junio de 2023

PRIMERA PARTE
ESTOS SOMOS NOSOTROS

LA NEVERA

Abrí la puerta de la nevera de casa. Un gesto anodino, cotidiano, alejado de toda sorpresa. Lo que hace uno siempre que tiene hambre o sed.

Por eso eran anodinas mis expectativas, porque no vería más que el escenario de siempre. Con todo perfectamente colocado y alineado, guardado en táperes a prueba de vertidos, una infinita variedad de colores y de alimentos.

Aquel electrodoméstico había sido, en tiempos, ejemplo de esplendor en cada balda. La prueba palpable de que había algo que te impedía comprar marca blanca, una de tus manías. Como si quisieras olvidar la escasez de tu infancia, la de tantos niños de la guerra.

Como te iba diciendo, abrí la nevera de casa. Vuestra casa. Según lo previsto, mi garganta encontraría consuelo en el grifo de una de las puertas, con ese depósito de agua mineral a punto de congelarse, porque la eficiencia energética nunca fue una prioridad en tu vida.

Recuerdo los inviernos en manga corta, la calefacción a tope, «los hornos de Pleite», decíamos al meter la llave en la cerradura y contemplar, de golpe, que aquel piso de familia de clase media en Getafe tenía, de noviembre a marzo,

la temperatura de Puerto Rico. Nunca pregunté quién era Pleite, por cierto. Tuve una compañera en el colegio con ese apellido. También era el del arquitecto que diseñó la penúltima casa en la que vivimos juntos. Quién sabe.

Allá por mayo o junio como muy tarde la casa entraba en una nueva fase de criogenización gracias al aire acondicionado, tu invento favorito de todos los tiempos. Fue tu regalo de boda cuando me casé. Viniste al que iba a ser mi nuevo hogar y me dijiste: «En este último piso os vais a asar. Os regalo el aire». Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Dormir tapado en verano no tiene precio. No sudar minimiza las discusiones. En eso también nos parecemos.

Los años que viví con vosotros quizá no gané ni una arruga, pero me pusiste al borde de la pulmonía por culpa de aquel frío que salía de la rejilla de cada habitación. Y pobres de nosotros si papá o yo nos quejábamos y pedíamos clemencia, un par de grados más como mucho. «¡Poneos una manta, coña!», decías enfadada. Ese *coña* era un latiguillo que te acompañó siempre. La única palabra gruesa que te permitías. Ya sabes que papá era otro cantar. Cada dos palabras, un taco. O dos. En eso me parezco a él, aunque contigo disimulaba.

Pero ese día de sed el paisaje de la nevera me pareció distinto. Como si hubieras quebrado tus propios principios. Porque en el carro de la compra eras la dueña y señora, y las preferencias ajenas pintaban entre poco y nada.

Encontré platos precocinados de marcas desconocidas. Un simulacro de paella que no tenía buena pinta ni siquiera en la foto. Macarrones con tomate y chorizo. *Pizzas*. Demasiados huecos vacíos. Solo el agua mineral y las naranjas que papá devoraba de cinco en cinco me encajaban en la escena. También la insulina, que ahora ocupaba el lugar de los huevos.

Era vuestra nevera, era vuestra casa, erais vosotros. Pero no.